

# EL MUNDO DEL SÍMBOLO

El punto de partida del símbolo no es de orden racional ni conceptual. Con Paul Ricoeur diremos que el símbolo *'da que pensar'*. El símbolo es múltívoco y polivalente. El símbolo no niega la realidad antes bien la supera, pero desde dentro. Pone de manifiesto la relación entre realidad (objeto) y el sujeto. Por tanto, el símbolo no expresa ninguna doctrina ni un método, sino que manifiesta una actitud, es la manera de ponerse 'delante' o 'dentro' del texto, de la imagen o la realidad. Se supera así una visión racional, científica, técnica, positiva y lógica de esa misma realidad.

Cuando nos enfrentamos a un texto de la Escritura, a una imagen de la Edad Media o nos encontramos ante un lenguaje litúrgico será importante la manera cómo nos acercamos a ellos. Podríamos decir que hay más de desconocido que de conocido. Cada una de estas realidades tiene diversos niveles de lectura o de interpretación. Los Padres Apostólicos utilizaban la imagen de la almendra o de la nuez. Una cosa es quitar la piel rugosa y verde (el lenguaje bíblico y simbólico) y otra es romper la cáscara que envuelve el fruto (en clave cristiana: la pascua). Por eso que el lenguaje simbólico nos ayuda a profundizar la realidad pero de una manera evocativa, sugestiva, a través del universo de símbolos. Es difícil quitar el 'velo' Con Paul Ricoeur diremos que hay más parte de lo velado que lo que vemos claro. El la llama la 'transparencia opaca', porque vela y revela a la vez.

Cuando nos adentramos en el universo simbólico, dejamos muchas cuestiones abiertas por completar. A fin de cuentas la **búsqueda de sentido** ha de ser personal y existencial. El trabajo hermenéutico se ha de fundamentar más en la búsqueda de sentido que en el **contenido**. Para acercarnos al universo simbólico es imprescindible tomar la actitud humilde de aquél que entiende que no todo está dicho ni acabado. Es precisamente la excedencia de sentido la que hay que investigar, ahondar y profundizar. De esta manera el símbolo y el lenguaje simbólico nos abren a una dimensión espiritual y a la dimensión creyente.

Cuando pongo en relación el texto o la imagen en la Sagrada Escritura, en el arte cristiano o en la acción litúrgica, surge una red de relaciones entre ellas. De nada sirve un estudio 'objetivo' o racional de la cuestión bíblica, simbólica o litúrgica; no se trata de demostrar sino de **mostrar**, de relacionar, de asociar esas imágenes que se irán descubriendo en nuestro escenario interior. Ello nos hará tomar consciencia más profunda de la realidad y despertará en nosotros un mundo muy distinto al que vemos normalmente. No es fácil adentrarnos en este universo simbólico. Hace falta una **resonancia**, un 'eco', como una corriente alterna donde no todo está acabado. Un proceso de ida y vuelta.

## EL CIELO

San Basilio, al contemplar los astros, la naturaleza, las flores, el mundo visible y la bóveda celeste, se preguntaba por el Creador del universo. Así lo han hecho muchas generaciones anteriormente. La contemplación prolongada de la bóveda celeste suscita en el espíritu humano una fascinación que nos lleva más allá de lo terrenal. Meditando el cielo el hombre busca aquello que da sentido a su existencia. En lenguaje medieval podríamos decir un orden 'sagrado'. Así lo fueron descubriendo los Padres de la Iglesia como san Benito, San Gregorio el Grande y más tarde Tomás de Aquino.

Para el espíritu *moderno* la mirada no va más lejos que nuestro pequeño horizonte. Para el hombre espiritual o místico la mirada va más allá. Nuestras observaciones dependen de nuestro **contexto** y nuestra cultura. La transparente luminosidad de las noches de Oriente por ellas mismas no puede explicar el sueño de Jacob. Y nadie puede explicar qué son 'los cielos abiertos' de que habla Esteban, el protomártir, sino es a través de su experiencia espiritual. El inicio del relato de la creación y la del Apocalipsis ponen en relación el cielo y la tierra. Entonces recobra sentido que entre la tierra y el cielo, el punto de partida y de llegada, el alfa y la omega, se de la aventura humana.

Para Aristóteles (384-322) la corporeidad celeste tenía un movimiento natural (**circular**) y la naturaleza para él estaba constituida por estos cuatro elementos: agua, aire, tierra y fuego. Para **Santo Tomás**, en el s XIII, el cielo es como un quinto elemento que nos abre el camino hacia la trascendencia. La luz que emana de los astros no tiene corporeidad. Así, el lugar habitual de la representación de Dios y de su trono es más allá del firmamento (es decir, del quinto elemento). Aristóteles ya afirmaba que todos los cuerpos compuestos por los cuatro elementos eran corruptibles. Santo Tomás añadía: *Por vuestra naturaleza vosotros sois corruptibles, pero por la voluntad de Dios, artesano del universo, vosotros sois incorruptibles.* (Suma Th. Ia 66,2,c).

San Agustín nos alertaba contra los astrólogos, magos y adoradores de los cultos paganos de la naturaleza, y rechazaba a los adoradores de los planetas, pero dudaba ante el sol, la luna o las estrellas como seres vivientes. Él llamaba a los ángeles los ‘cielos de los cielos’, como hacían los salmos, o dicho de otra manera, eran la corte del rey celestial. Ellos eran los que hacían rodar la esfera del firmamento.

Esta mentalidad que ya tenían los pueblos primitivos llegó hasta bien entrada la Edad Media. Prueba de ello es que en las obras románicas se descubren distintos niveles de experiencia. El CIELO se convierte en infinito y trascendente. La **bóveda celeste** se convierte en otra realidad más allá de lo visible. Dios se convierte en el **Altísimo**, y formará en adelante un atributo de la divinidad. Las regiones superiores se hacen inaccesibles a los hombres adquiriendo dimensiones trascendentes y perennes. La categoría supraterrrenal de *altitud* se convierte en infinita y se manifiesta al hombre por entero, en su cuerpo, mente y espíritu. El simbolismo ayuda al hombre a tomar conciencia de su puesto en el Universo. Podemos concluir que la dimensión simbólica y religiosa de la contemplación del cielo no se produce a través de la simple observación objetiva. El cielo simboliza la trascendencia por su simple existencia, pero yo he de **sintonizar** en esta perspectiva.

## LA OBSERVACIÓN DEL CIELO

Es fácil adivinar la gran diferencia de experiencias entre la observación del cielo de los habitantes de una ciudad europea cualquiera moderna con la que tiene los beduinos del desierto, o la de un marino ante una mar calmada y un cielo claro. Si observamos de noche el firmamento, nuestra mirada espontáneamente ordena, selecciona y construye figuras con las estrellas, formando las constelaciones. Nuestra imaginación busca descifrar el misterio escondido. Otras culturas nos han precedido en este orden y esta búsqueda como la de Egipto, Arabia, Mesopotamia, India, China, Grecia y Roma. Todas han representado el ZODÍACO a su manera. Baste subrayar la importancia de la estrella polar por ser la única fija.

Así ante la **altitud** como valor ‘sagrado’, tendremos que añadir el **movimiento circular** e invariable que hace del cielo *el más allá de la tierra*, es decir, el motor trascendente del cosmos. Y podremos repetir con Baruc: *A los astros que velan gozosos en sus puestos de guardia, El los llama y responden: ¡Henos aquí! Y brillan gozosos para su Creador. El es nuestro Dios y no hay otro frente a Él.* (Bar 3,34.36).

Para los pueblos antiguos la estrella polar está en el centro del cielo, es el CENTRO al que todo se refiere. El principio de donde todo emana, el motor que pone en marcha el movimiento astral, el rey en torno al cual giran todos los astros. Así la estrella polar se convierte en el **trono de Dios**. Desde *lo más alto* Dios gobierna, vigila, interviene, recompensa o castiga. La tierra es como un espejo o réplica de este mundo celeste.

A través de los tiempos y de los siglos, esta **cosmovisión** ha impregnado las religiones y las civilizaciones y, a menudo, los sistemas sociales. A partir de las nuevas teorías astronómicas y en concreto del *big-beng* hoy, hemos perdido la antigua cosmovisión y nos hemos situado en una nueva cosmovisión. Desaparece el Centro, desaparece el Norte, y con ello la estrella polar y la esfera sideral.

Pero para los antiguos el cielo era como un paraguas abierto, una semiesfera. En este techo estaban el sol, la luna y las estrellas. Todos fijos e inamovibles. La tierra en su rotación parece como una semiesfera que pivota sobre nuestras cabezas en su marcha interminable. La estrella polar en el zénit es su centro natural. Pero si observamos esta semiesfera por los extremos parece que se inclina.

Hay astros que aparecen y desaparecen, como si se trataran de seres vivientes. Hay como tres movimientos: creación, conservación y desaparición, o lo que es lo mismo: nacimiento, vida y muerte. Después del movimiento cíclico, se vuelva a comenzar.

Los humanos, entonces, empezamos a tomar conciencia del espacio (*la banda zodiacal* con sus 12 constelaciones) y del tiempo (el *mesologio con los 12 meses*); y todo ello dentro de una **visión geocéntrica** del cosmos o del universo. La referencia al sol y al zodiaco permite seguir la marcha de las estaciones. Las cuatro constelaciones más importantes son: LEÓN, TORO, AQUARIO Y ESCORPIÓN, es decir, las que corresponden a los equinoccios (21 de marzo y 21 de septiembre) y a los solsticios (21 de junio y 21 de diciembre)

## EL CENTRO

Hay una correspondencia entre los cuatro símbolos cósmicos: el centro, el círculo, el cuadrado y la cruz. Los cuatro forman como las olas de un lago al tirar la piedra. El centro es el Principio y le llamamos la **estrella polar**. Para los antiguos el cielo está constituido por *las aguas superiores*. El mundo terrestre es como un franja exterior y la última creada. La estrella polar es el punto indiviso, sin forma ni dimensión, imagen de la unidad original y final en la que todas las cosas encuentran su inicio y su consumación. Así como de la unidad salen todos los números, así también de la estrella polar salen todos los seres. Hay una correspondencia entre el simbolismo geométrico y el aritmético. Ello no puede sorprender al que se inicia en el lenguaje simbólico: una misma realidad puede tener diversos significados dentro de órdenes diferentes y a menudo complementarios desde el punto de vista del observador. El punto central, el Ser puro, es el Absoluto y el Trascendente.

## EL CÍRCULO

Alrededor de la estrella polar que es fija, el círculo de cada estrella aparece como la manifestación del Punto primordial. Es un círculo fijo, como un punto extendido, ampliado o desplegado, que participa también de su perfección. El punto y el círculo coinciden en estas características: perfección, homogeneidad y ausencia de división. El círculo puede también expresar los efectos creados del Punto primordial. Los círculos concéntricos representan los grados de los seres y las jerarquías creadas.

Si observamos un punto o varios en la circunferencia, entonces descubrimos el **movimiento circular** y en consecuencia *el tiempo*, como movimiento perfecto, sin principio ni fin, ni variaciones. Dentro de la estructura cósmica el círculo simboliza el cielo, como movimiento circular e inalterable. En latín *CÆLUM* designa a la vez el cielo, el firmamento y la forma circular. Por eso el círculo, el tiempo y el cielo se comunican bajo la característica de perfección, como una realidad distinta, más allá del mundo corruptible y terrestre.

Pero también, desde otro punto de vista, el círculo puede revestir el carácter de imperfección. Así la RUEDA y la **línea ondulante sinusoidal** en su movimiento ascendente y descendente expresan este rasgo. Ello se puede asociar a la creación continua. Entramos en el mundo del devenir, de lo mudable, de lo creado y lo dependiente.

Otra cosa es la **ESPIRAL**. Es una mezcla de emanación, extensión, desarrollo y continuidad cíclica en progresión. La **ESVÁSTICA**, o *cruz gamada*, simboliza el eje vertical con cuatro brazos, y expresa el movimiento de rotación. La esvástica fue adoptada por numerosas civilizaciones.

## LA CRUZ Y EL CUADRADO

Al unir dos símbolos estrechamente relacionados entre sí existe el peligro de la racionalización. El simbolismo no es lógico, más bien es una experiencia que parte del sujeto y que le sitúa en una acción que se podría traducir como *nacer con*. Es como poner en relación el mundo interior con el mundo exterior. Si no es así, fácilmente podemos caer en la pura abstracción.

Ya vimos que el símbolo cuadrangular aparecía como el punto de encuentro entre la perfección trascendente y la creatura contingente. Esta interdependencia entre el mundo celeste y terrestre es uno de los fenómenos más sorprendentes. Así la salida y la puesta del sol, el suceder del día y de la noche, del calor y del frío influyen en la vida vegetal. Pero ese recorrido solar durante el día establece las cuatro grandes direcciones primordiales que el hombre va tomando en su dominio terrestre. El hombre es un animal esencialmente orientado, por su estructura psíquica, y también por su estructura orgánica y corpórea. Nos situamos delante, detrás, hacia la derecha o hacia la izquierda. Es comprensible por tanto la importancia del sol en la vida humana y en las religiones, haciéndolo un verdadero dios. Pero también tienen importancia la luna y los planetas. La luna por los ciclos de la vegetación y los ciclos de fecundidad. Los planetas, a su vez, están desprestigiados por su carácter anacrónico en su movimiento alrededor de la esfera celeste.

La orientación espacio-temporal del hombre ha de conjugar estos tres elementos: la orientación del sujeto animal referido a él mismo, la orientación espacial en relación a los cuatro puntos cardinales terrestres y la orientación temporal en relación a los cuatro puntos cardinales celestes. La orientación espacial se articula sobre el eje Este-Oeste a través de la salida y la puesta del sol. La orientación temporal se articula sobre el eje de rotación del mundo, a la vez Sud-Norte y Bajo-Alto. El cruce de estos ejes mayores constituye lo que denominamos la cruz de la orientación total. La concordancia en el hombre de estas dos orientaciones, animal y espacial, le pone en resonancia con el mundo terrestre inmanente; la triple orientación: animal, espacial y temporal le pone en comunicación con el mundo supra-temporal trascendente, por y a través del entorno terrestre. El ciclo cuaternario da a nuestro mundo terrestre su ritmo vital más fundamental, el ritmo de las estaciones. Y su subdivisión dará lugar a **la rosa de los vientos**.

De esta manera **la cruz y el cuadrado** serán símbolos universalmente reconocidos para expresar la tierra, es decir, todo lo opuesto a celeste. Ello no tiene nada que ver con nuestro modelo científico astronómico.

**La figura cuadrada** y en concreto **la escuadra**, con las dos direcciones fundamentales, simbolizan por un lado el espacio, lo terrestre y de otra, el cielo con su dimensión trascendente. Cuando el círculo simboliza el cielo en sus relaciones con la tierra implica una referencia más bien negativa (a pesar de su referencia al trascendente). La idea abstracta de trascendencia metafísica no tiene lugar en simbología.

Nicolás de Cusa (1401-1464) desalojó la tierra del centro del mundo. *El mundo*, decía, *es como una rueda dentro de una rueda., una esfera dentro de una esfera*. De repente se hundió el esquema Ptolemaico. Y añadía: *Los polos de las esferas coinciden con el centro que es Dios. Dios es a la vez la circunferencia y el centro, el que está en todo y en ninguna parte*.

Después vinieron Galileo, Copérnico, Kepler, Tico Brahe, Einstein... haciéndonos ver la insuficiencia de la mecánica clásica para explicar los fenómenos atómicos y astronómicos. San Ireneo (+ 202) en lucha contra los gnósticos heréticos citaba a Platón: *Dios es el inicio, el fin y el medio de todas las cosas que son. Actúa en línea recta, pero por naturaleza es una circunferencia*. El círculo por tanto puede significar la divinidad no sólo por su inmutabilidad, sino por expresar el origen, sustancia y consumación, en su bondad difusiva, de todas las cosas.

Podemos decir que el círculo y el cuadrado expresan a la vez **el cosmos**. Es decir, el cielo y la tierra. El mundo engendrado refleja por su estructura la acción de Dios, expresada como una línea recta en sus diversas versiones: el relámpago, la flecha, el rayo, la lluvia, el pilar y el campanario. Todas tienen un sentido vertical y van asociadas a la escuadra que es el elemento base del cuadrado terrestre.

San Agustín señala que el cosmos es uno y forma un todo inseparable, pero que círculo y cuadrado representan el tiempo y el espacio en su correlación. El famoso *continuum espacio-temporal* de Santo Tomás será la clave de interpretación del arte románico.

Con todo hay que matizar: el espacio está subordinado al tiempo. No es posible equiparar el cielo al tiempo y la tierra al espacio. Esto sería una lógica extraña al simbolismo. El enunciado mejoraría de esta forma: la relación de la tierra y del cielo es simbólicamente del mismo género que la relación entre el espacio y el tiempo, o si se quiere de la inmanencia con la trascendencia. No hay que separar los conceptos como si se tratara de un dualismo. Mejor es mirarlos como una dualidad complementaria.

El cuadrado aparece en el movimiento del círculo, en su aureola de expansión. Es un tiempo retratado en un instante, un reflejo aquí abajo del más allá. Un ejemplo: La Jerusalén celestial del Apocalipsis se representa en forma cuadrada. Las iglesias también son cuadriláteros (o rectángulos) al interior de los cuales inciden los rayos del sol. En el exterior, la sombra del campanario cierra el círculo del tiempo celeste. El círculo, como punto ensanchado, posee una superficie limitada y cerrada. Es como el *hortus conclusus*, jardín cerrado. Si nos quedamos en el interior es posible realizar la experiencia simbólica. Uno no puede concebir la dimensión simbólica sin relación al hombre interior, eso que denominamos centro. El claustro románico es un ejemplo de lo que venimos diciendo. .

El cuadrado refuerza la orientación fija o duradera mientras que el círculo tiene su orientación propia. El cuadrado es una figura anti dinámica anclada en sus cuatro lados. Implica una idea de solidificación. Como la Jerusalén celestial. El movimiento circular nos lleva a figuras redondas. La parada y la estabilidad nos conducen a unas líneas quebradas. Ello nos lleva al cuarto símbolo: la cruz.

## LA CRUZ

La cruz es pues anterior al cuadrado. En buena lógica se tendría que presentar primero, pero es bueno pedagógicamente hablando presentar el cuadrado en oposición al círculo. El cuadrado y la cruz pertenecen al mismo esquema cuaternario y a la cifra 4. En el plan simbólico el número tres se asocia a la divinidad y a la trascendencia, mientras que el número 4 se asocia a la tierra, al mundo material y a la inmanencia. Ya en la antigüedad el número 4 se asociaba a aquello sólido, tangible y sensible; es decir a la plenitud, lo universal y totalizador. De siempre se ha dividido la tierra en cuatro segmentos. En el sánscrito, en la antigua Babilonia, en el mundo chino, en la América precolombina, a los reyes se les llamaba los maestros de los 'cuatro mares'. Señores de las cuatro partes del mundo y de los cuatro soles.

El número de la cruz es el 4, y a veces el 5, puesto que el punto número 5 es el más importante en la cuaternidad. El punto número 5 es el centro de la cruz, que es el mismo del círculo y del cuadrado. Es el *omphalos* griego, el ombligo en los pueblos antiguos, la escalera ritual de muchas religiones, la escalera de los dioses. Por el pasamos del cielo a la tierra y viceversa. A través de él, el espacio, el tiempo y la eternidad se comunican. La cruz también desempeña la función de síntesis y de medida. Se entremezclan el espacio y el tiempo. Es el símbolo más universal y totalizador. Es el que hace de mediador entre el cielo y la tierra, lo alto y lo bajo.

Lo mismo podríamos establecer en el orden de los volúmenes, aunque sus características sean menos evidentes. Así en vez de hablar de círculo podríamos hablar de esfera y en vez de cuadro, cubo; porque la dimensión tridimensional es inherente al espíritu humano. La totalidad celeste-terrestre también se expresa en la dualidad cubo-esfera. En el arte cristiano, sobre todo en las iglesias, encontraremos el cuadrado sobre el cual se instala la semiesfera., como el caso de las cúpulas y el caso del cuadrante de la esfera como son los ábsides.

Cfr. Gérard de Champeau et dom Sébastien Sterckx, o.s.b.  
*Introducción au monde des Symboles*  
Ed. Zodiaque, 1989, pp 6-32